

La raíz del racismo ayer y hoy

Rodolfo Pastor Fasquelle

Los historiadores modernos han establecido las bases objetivas para hacer la historia (la investigación) del racismo, prejuicio que atribuye superioridades o inferioridades intelectuales, emocionales, morales y hasta estéticas, a los seres humanos, en función de lo que el intelectual afroamericano Du Bois llamara la trinidad fenotípica del “pelo, el color y los huesos”.

Hemos descubierto que han sido generalizadas desde siempre, uno, la percepción etnocéntrica del mundo, por la cual cada grupo étnico o fenotípico supone ser superior y, dos, el abuso de los derechos de los otros, que busca alguna clase de justificación en categorías denigrantes, como las de “salvajes” o “bárbaros”. Darío Euraque, en un recorrido por “200 años de categorías raciales en Honduras” registra 15 categorías etnoraciales desde fines del s. XVIII, tales como “indios, indígenas, indígenas selváticos, ladinos, españoles, mulatos, pardos, mestizos, sambos, mosquitos, negros caribes, negros ingleses, criollos, y caracoles.”

Como sea, los historiadores modernos también descubrieron que la idea de que un grupo fenotípico específico (el indio o el negro) sea demostrablemente inferior en capacidades, es una idea moderna que data del descubrimiento y establecimiento del tráfico triangular entre Europa, África y América, con que se organizó la infame Trata de Esclavos negros desde mediados del s. XVII, primero bajo hegemonía de portugueses y luego, inglesa.

Los ingleses se empaparon tanto de esa idea que, a fines del s. XVII, hay indicios de un genocidio, acaso no planificado, pero no por eso menos claro, generalizado y brutal, de los mestizos angloafricanos que ya eran una proporción de la población del Caribe. Y en los albores del siglo XVIII, poco antes de que algunos ilustrados “philosophes” la emprendieran contra el racismo y se aliaran al movimiento contra la esclavitud, los ilustrados ingleses y particularmente el brillante David Hume, bordaban justificaciones “científicas” para la trata, mientras los puritanos aducían que traficaban con los esclavos para salvar sus almas o las de sus descendientes en las colonias a los que se pudiera evangelizar. Amén. Aleluya.

En la América Española y Honduras, el racismo arrancó del debate posterior a la conquista, sobre si tenía o no alma “racional” el indio. Paradójicamente catalizó,

el racismo, con la política de las Leyes Nuevas, que separaban incluso físicamente a las poblaciones, en teoría para proteger al indio del abuso y al español de la contaminación. A los blancos, se exigía después “pureza de sangre” para acceder a los cargos de la administración imperial, lo cual indujo la práctica de “comprar” pureza al registro de bautismo. Alarmada, la Corona luego restringió la importación de esclavos que rápidamente se convertían en peligrosos sambos cimarrones. En algunos países se conservaron y reprodujeron poblaciones indígenas y de europeos por separado; en Honduras esa política –que se puede ilustrar con la supuesta separación de la Comayagüela indígena y la Tegucigalpa española– era insostenible y fracasó. Al igual que en Nicaragua o El Salvador, para fines del siglo XVIII, la mayoría de los habitantes eran de “casta” mestizos que habían asimilado a los africanos importados como esclavos para la minería. Fue a fines de ese siglo que se estableció la comunidad garífuna, igual que la de los negros franceses asimilados posteriormente y, después de 1830 inmigró la comunidad de negros ingleses, que pobló las islas y el Litoral caribeño.

Por décadas, en Honduras prevaleció la tesis de que en nuestro país no había racismo, ni siquiera discriminación de los negros ni de los indios, porque –supuestamente– todos éramos mestizos variopintos a los que nos resultaba imposible discriminar a cualquiera de los componentes de la mezcla. Y hay en ese mito un ingrediente de veracidad. Mario F. Martínez C. alega que nadie se escapa aquí “aunque sea del cabello ensortijado” que traiciona un gen recesivo. Escribí hace mucho tiempo que “llevo en mis venas las tres sangres”. Muchas veces desde entonces he escuchado una frase semejante en labios de mis mejores amigos. Y mientras que los estadounidenses tienen por primera vez un precandidato afrodescendiente, en Honduras tuvimos gobernantes mulatos desde el s. XIX; y, aunque se lo escondiera con posterioridad, como descubre Euraque, muchos de nuestros gobernantes del siglo pasado tenían rasgos afrodescendientes, desde el dictador Manuel Bonilla hasta Carlos Roberto Reina, que prefería llamarse “indio de Comayagüela”, pero todos lo conocíamos por “cuarterón”.

El mestizaje, sin embargo, nunca fue homogéneo y los conceptos discriminatorios convivían con los estereotipos de “pureza”, según los cuales los negros debían permanecer en las playas y los indios, vestidos de manta y faldas de colores chillones, en la montaña. Incluso, cuando se concebía el mestizaje como un proceso inevitable y mejorador, los elementos originarios quedaban desestimados. Indios y negros y castas han sido en Honduras víctimas del racismo, de exclusión por causa de su origen y su cultura.

En las primeras décadas del siglo XX, el “nacionalismo” –de ambos partidos tradicionales, que debería de haber reaccionado contra el imperialismo– optó por temer la “contaminación de los africanos” que habían empezado a venir para la construcción del ferrocarril en la década de 1870 y que acompañaron después a los

La raíz del racismo ayer y hoy

finqueros estadounidenses en los albores del siglo XX. Al igual que en otros países del istmo, se dictaron leyes fascistas para detener la inmigración “contaminante”. En 1931, Alfonso Guillén Zelaya, prominente intelectual y liberal, expresaba ese prejuicio a la moda alegando que “la invasión negra desplazaba a los hondureños de manera humillante”, y “se corría el peligro de que, con el correr de los años, Honduras sea una nación de mulatos”. Froylan Turcios compartía el miedo y el prejuicio, calificando esa inmigración de “perniciosa”.

Y no sólo los negros de distintas filiaciones, también los misquitos, que son de ascendencia africana, han sufrido como consecuencia. Asimismo, en diferentes momentos, han sido víctimas de “racismo” los chinos, los árabes, los judíos y todos los grupos de alguna manera percibidos, o que se perciben, por fuera de esa mezcla o mestizaje perfecto idealizado. La Constitución de 1982 rectificó el entuerto, prohibiendo y estableciendo sanciones contra “toda discriminación por motivo de raza” como “lesiva a la dignidad” del ser humano y varios de sus redactores eran afrodescendientes.

Por razón de la definición de categorías, los cálculos sobre la población étnicamente diferenciada en nuestro país, varían desde el 7% hasta el 15% del total de la población. Pero según los estimados oficiales, los afrodescendientes sumados eran en el 2007 casi 200 mil hondureños, una sexta parte de 1.2 millones de ciudadanos étnicamente diferenciados. Sus aportes al desarrollo de este país en todos los campos han sido visibilizados por la política de reconocimiento que comenzó en la Administración Reina (1994-1998). En el momento de enviar el Convenio 169 de la O.I.T para ser ratificado al Congreso Nacional, pese a las reticencias de varios de sus ministros e intelectuales de su confianza, que veían en ese tratado una amenaza para esa unidad mitológica de los mestizos, el Presidente Reina por primera vez reconoció que Honduras es un “país multiétnico y pluricultural” y que tenía, por lo mismo, una obligación jurídica con sus minorías. En este gobierno del Presidente Zelaya, esa apertura se retoma y se manifiesta con nuestra política de valoración de la Diversidad Cultural y la incorporación de profesionales afrodescendientes a nuestras tareas institucionales. Con el otorgamiento de Los Premios de la Herencia Africana que la Secretaría de Cultura, Artes y Deportes (SCAD) viene entregando, desde el año antepasado en colaboración del Centro Nacional de Cultura Garinagu; igualmente se lucha contra el racismo institucional.

Importante y oportuna esta rectificación, porque aunque sea imposible remediar todas las injusticias y atender de inmediato todas las expectativas, el afrodescendiente enfrenta grandes retos en el futuro desarrollo del litoral atlántico para el turismo, para el cual el desarrollo de las comunidades costeras es un principal recurso. Y porque el racismo (que yo defino como mala conciencia) es una estupidez y un comportamiento primitivo, que hay que desterrar por completo y para siempre.

Honduras tierra adentro



HONDURAS TIERRA
ADENTRO

Foto de Jaime Andrés Rojas Mickan.



“Lunardi y tres indígenas en Honduras”. Tomado de: Lunardi, Ernesto, *Intibucani*, Génova: AISA, 1976